

INSÓLITAS

NARRADORAS DE LO FANTÁSTICO EN LATINOAMÉRICA Y ESPAÑA

EDICIÓN DE TERESA LÓPEZ-PELLISA

Y RICARD RUIZ GARZÓN



Lectulandia

Dice el diccionario que lo insólito es lo raro, lo extraño, lo desacostumbrado. Lo insólito nos permite observar el mundo desde el otro lado del espejo y deformar las imágenes de la realidad para mostrar su verdadero rostro. En esta antología, lo insólito es todo aquello que resulta extraordinario. Lo que se sale de lo común: lo inusual, lo fabuloso o lo inexplicable. Lo que aspira a ir más allá de la realidad. Pero quizá lo verdaderamente insólito es que no se hubiera publicado antes ninguna antología de género fantástico escrita por mujeres en Latinoamérica y España. Y era necesario. Importante. Por eso reunimos a casi una treintena de autoras de al menos dos tercios de los países hispanohablantes, de diferentes generaciones y temáticas, con la representación de sus mejores relatos. Insólitas serán las lecturas que se agazapan entre estas páginas.

AA. VV.

Insólitas

Narradoras de lo fantástico en Latinoamérica y España

ePub r1.0

Colophonius 25.10.2019

Título original: *Insólitas. Narradoras de lo fantástico en Latinoamérica y España*

AA. VV., 2019

Edición, introducción y notas: Teresa López-Pellisa y Ricard Ruiz Garzón

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Editor digital: Colophonius

ePub base r2.1

JACINTA ESCUDOS

EL SALVADOR, 1961

Ha cultivado los géneros de novela, cuento, crónica y ensayo. Tiene experiencia como editora, traductora y guía de talleres literarios, además de colaboradora en los periódicos *La Nación* (Costa Rica), *La Prensa Gráfica* (El Salvador) y *El Nuevo Diario* (Nicaragua). Vive en El Salvador donde escribe la columna quincenal «Gabinete Caligari» en la revista *Séptimo Sentido* de *La Prensa Gráfica*, imparte talleres de narrativa y realiza labores de difusión cultural. Fue escritora residente en la Heinrich Böll Haus de Alemania y de La Maison des Écrivains Étrangers et des Traducteurs de Saint-Nazaire, Francia, ambas en el año 2000. Tiene diez libros publicados entre novela y cuento, destacando *El asesino melancólico* (2015), *Crónicas para sentimentales* (2010), *El desencanto* (2001) y *Cuentos sucios* (1997). Ha sido ganadora del I Premio Centroamericano de Novela «Mario Monteforte Toledo» (2003), con su novela *A-B-Sudario*, publicada por Alfaguara Guatemala.

El relato «Yo, cocodrilo» (en *El Diablo sabe mi nombre*, 2008) es un cuento fantástico de transformaciones y metamorfosis, que apela a la sororidad a partir de una ácida crítica social al sistema patriarcal perpetuado por las mujeres. Un relato sobre la violencia que nos interpela y reclama responsabilidades por parte de todos y de todas, independientemente de cual sea nuestro género.

YO, COCODRILO

En las tardes de calor me convierto en cocodrilo.

Voy al arroyo, me quito la ropa, me tiro boca abajo, cierro los ojos, extendiendo los brazos, abro las piernas.

Siento el viento de los desiertos soplar sus aires calientes sobre mí. Me derriten. Me penetran ahí abajo. Y algo cambia, algo que ya no soy yo. Y que es esto: un cocodrilo.

Así comienza mi fuerza, arrastrándome seductoramente, como cintura de mujer que se menea cuando camina. Tengo escamas en mis manos y una nueva y larga nariz que se extiende y se pega a mi boca, llena de dientes filosos y puntiagudos. Los animalitos huyen de mí, se esconden. Tienen miedo.

Tienen miedo de que abra mis fauces. Tienen miedo de mis ojos.

Al principio no sabía qué pasaba. Y entonces recordé lo que decían en la aldea. La niña que no se somete al ritual se convierte en cocodrilo.

No podía imaginar cómo una niña se convertiría en cocodrilo. Pero no debía preguntar. Entendería después.

La primera tarde que me convertí en cocodrilo fue extraña. Me acosté boca abajo en el arroyo porque tenía calor, y el calor me da sueño. Quería dormir. Y lo hice. Y al despertar me descubrí animal. Conocí mis fauces, mis nuevas manos. Si me contorsionaba lo suficiente, hasta podía ver mi cola. ¡Mi propia cola!

Me pareció curioso. Ser animal y ser persona. No me preocupaba, me parecía divertido. Pasaba las tardes en los matorrales del arroyo con los demás amigos cocodrilos. Hablábamos de los animales cazados, de los críos, del calor y del agua. Y de los humanos que vivían en la aldea.

Los demás cocodrilos no creían que yo era humana. Hasta que me vieron convertirme en yo. Los cocodrilos más ancianos dijeron que el humano que podía transformarse en animal, era un hechicero. Y así, los demás cocodrilos me respetaron y prometieron ayudarme en toda circunstancia, porque sabían que yo sería buena con ellos.

Yo me la pasaba muy bien entre mis amigos. Nadábamos, comíamos, jugábamos. Me enseñaron la cacería. Acechábamos a todos los animales que se acercaban a la orilla a beber agua: impalas, búfalos, leones, elefantes. Y también a los humanos.

No me gustaba ser humana. Prefería mis horas de cocodrilo. Madre había sido clara. Me dijo, «tienes que someterte al ritual». Y yo le decía «no, prefiero ser cocodrilo». Madre me tiraba al piso, me gritaba. Todas las mujeres hablaban conmigo. Me decían que tenía que hacerlo, que no temiera, que todas lo hacían.

Yo lloraba. No quería oírlas. Ponía mis manos sobre mis oídos y lloraba. Sabía de los gritos de las niñas cuando iban al ritual. Sabía de las que morían después.

«No te casarás nunca», me decían. Y madre también decía «nadie dará dote por ti, seremos miserables siempre». Será infiel, será lujuriosa, se enfermará de la carne y se le pudrirá todo. Sus partes le crecerán y crecerán y serán tan grandes como los cuernos de una cabra, decían a mis espaldas.

Yo tenía sueños. En el sueño estaba acostada boca arriba, sin ropas. Y en el sueño, veía que de mi entrepierna crecía una larga serpiente con un solo ojo en el centro, gruesa y rígida, del color de mi carne, y yo tomaba la cabeza de la serpiente entre mis manos y la metía en mi boca, y sentía cosas extrañas en mi cuerpo. Y despertaba apretando las piernas y sintiendo cómo algo se movía en esa parte donde salen las aguas del cuerpo. Algo que se movía y que palpitaba tan fuerte como los latidos de mi corazón.

Me dejaron a mi suerte. Madre no quería saber nada de mí. Dormía y comía allí, pero no les importaba si me iba o me quedaba. Era indigna de todos y temí que cualquier día me llevaran a la fuerza para hacerme eso que le hacían a las demás.

Ya no quería estar con ellos. Odiaba a madre. La vi llevar a mi hermanita, la vi llevar a otras más. Mi hermanita lloró días y días, y lo único que salía de su cuerpo era sangre, mucha sangre. Madre se pasaba los días cambiando los paños de sangre por otros con el oxidado color de la sangre mal lavada.

Yo lo vi todo una vez. Sabía que las llevaban a la choza de la curandera. Ella les quitaba la ropa, y las mujeres le abrían las piernas a las niñas y las niñas lloraban y chillaban como animal que va a ser matado y la curandera cortaba con un cuchillo un pedazo de carne, del tamaño de una oreja, allí de donde salen las aguas del cuerpo. Y la sangre brotaba roja, en abundancia. Y no había manera de pararlo, ni con emplastos de barro ni con mezclas de yerbas. Y las niñas no tomaban brebajes ni polvos para aliviar sus dolores,

nada más eran sujetadas por su propia madre, por su hermana mayor, mientras otra les cortaba las partes y la cosían con cáñamos y agujas de la planta de las espinas.

Prefería ser cocodrilo, indigna, impura.

Una mañana, madre me dijo que tenía que ir con ella. Yo sabía lo que significaba. Me llevaría con engaños a la curandera, me dominarían, me amarrarían como animal.

Corrí, corrí desesperada, gritando. Fui hacia el único lugar donde tenía amigos, el arroyo. Corrí y me metí al agua y recuerdo un grito extraño dado por madre. Sabía que allí vivían los cocodrilos. Madre pensó que yo estaba muerta.

Entré al agua y por primera vez me convertí en cocodrilo en las oscuridades del arroyo. Salí cocodrilo a la orilla y los demás me siguieron.

Fuimos a la aldea. Destruimos todo. A los únicos seres que despedazamos fue a las mujeres de la aldea. Algunos compañeros murieron en la hazaña. Los hombres se defendían. Pero los hombres no nos interesaban. Eran ellas las que hacían todo. Las que cortaban, obligaban, mantenían las piernas abiertas.

Madre murió y yo la vi morir, pero no sabía que su hija era yo, cocodrilo. Participé personalmente en la comida de la curandera. Y nos encargamos también de todas las demás, porque las niñas no eran felices nunca, después del ritual. Fue un acto de piedad terminar con ellas.

Cuando concluimos fue porque los hombres se habían ido. No pudieron defender a sus mujeres. Huyeron asustados de nosotros. Jubilosos, batimos nuestras fauces en señal de victoria.

Ahora soy el líder de este pueblo. Mis amigos cocodrilos se la pasan muy bien. Ya no trato de convertirme en humana. Prefiero ser así, un cocodrilo con una larga serpiente que le crece entre las piernas.

ANGÉLICA GORODISCHER

BUENOS AIRES, ARGENTINA, 1928

Aceptada de forma unánime como una de las indispensables del género de ciencia ficción y fantasía en Latinoamérica, ha sido traducida al inglés por Ursula K. Le Guin y adaptada al cine en la película de María Victoria Menis *La cámara oscura* (1989), basada en su relato homónimo. En su extensa obra, centrada sobre todo en el cuento y la novela pero ampliada también en los territorios del ensayo y la biografía, podrían destacarse títulos como *Bajo las jubeas en flor* (1973), *Kalpa Imperial* (1984), *Floreros de alabastro* (1985), *Fábula de la virgen y el bombero* (1993), *Casta luna electrónica* (1977), *Trafalgar* (1979), *Mala noche y parir hembra* (1983), *Técnicas de supervivencia* (1994) y *Las nenas* (2016). Posee más de una veintena de galardones destacados que incluyen los Emecé 1984 y 1985, el Gigamesh 1986, el ILCH de Estados Unidos 2007 a su obra completa, el Mundial de Fantasía a la Trayectoria 2011 y el Konex 2014. Su narrativa se caracteriza por una clara preocupación feminista y social.

El relato «Una mujer notable» (*Cuentos reunidos*, 2015) denuncia de la violencia de género a partir de lo fantástico. Con humor y a partir de personajes femeninos que muestran un ejemplar ejercicio de sororidad, nos muestra que siempre hay un camino para salir del trance.

UNA MUJER NOTABLE

Mi madrina es una mujer notable. Le digo esto y lo sostengo, pero para que usted me entienda tengo que contarle un par de episodios de mi vida; usted disculpe, prometo no aburrirla.

De mi infancia no vale la pena hablar. Todo muy normal y feliz. Crecí como cualquier chica, fui a preescolar y a la primaria, todo bien, mi papá y mi mamá y mis tías estaban encantados conmigo. Y yo tenía amigas, estudiaba, potreaba por ahí, jugaba y coleccionaba fotos de artistas. Hice la secundaria, entré con toda comodidad a la adolescencia y tuve un novio detrás de otro, nada serio; para ir haciéndome la mano, y el corazón, claro.

Pero después ya en la facultad tuve un novio de veras y hasta nos comprometimos. Nos íbamos a casar en cuanto nos recibiéramos. Todo seguía bien. A mi mamá mucho no le gustaba el muchacho, decía que era frívolo, pero a mí sí que me gustaba. Bueno, no me casé con él. Descubrí que tenía otra «novia»; en fin, novia no era pero él desaparecía cada ocho o diez días, con el cuento de una tía o tío, no me acuerdo, y se iba a Cañada a visitar a la chica. Investigué todo, no se crea que hice las cosas a las corridas, no, hasta la conocí a ella que, además, era muy agradable, pobrecita. La cosa es que lo mandé a la mierda, corté con él le dije de todo menos bonito y chau. Mi mamá, encantada. Mi madrina se sonrió, solamente eso, se sonrió. Y yo me recibí y empecé a trabajar y me fue muy bien.

Usted dirá, ¿y qué hay de raro en todo eso? Una vida de lo más vulgar.

Ah sí, de lo más vulgar, pero ya va a ver.

Tuve otro novio. Lo conocí en circunstancias casi de novela. En un incendio, mire qué espectacular. Se incendió una oficina en el edificio en el que yo tenía mis propias oficinas, ahí nomás, encima de mi piso. Policía, escándalo, bomberos, ambulancias, periodistas, de todo. Yo, bajando la escalera a los saltos. Alguien que me agarra de la cintura y me ayuda a bajar. Ni lo miro. Pero cuando llegamos abajo sí que lo miré y pensé a la flauta que tipo divino.

Los bomberos apagaron el incendio, todo anduvo bien, no hubo heridos graves, solamente una secretaria y el ayudante del portero con quemaduras leves, de modo que la ambulancia partió sin mucha alharaca y los periodistas

preguntaban pavadas a todos los que se les acercaban pero el tipo no me soltaba y yo encantada de la vida.

Bueno, me casé con él. Estaba enamorada enamorada enamorada y me di cuenta de que antes, con el infiel, no lo había estado en absoluto. Contenta sí, feliz, emocionada, pero enamorada, eso que a una le cambia el mundo, la visión, la sangre, los gustos, los horarios, los pasos, el oído, el futuro (el pasado también pero eso es otra historia), el paladar, el tacto ah Dios mío el tacto, los sueños, los proyectos, la lengua, los miedos, los pecados y la memoria; eso no, eso era algo que sentía por primera vez en mi vida, aleluya.

Y fuimos felices. Yo fui feliz y parecía que él también. Tenía sus berrinches, pero ya se sabe que los varones son muy desorganizados, no saben domesticar ni su razón ni sus pasiones, de modo que me aguanté, puse cara de mujercita comprensiva y la cosa me daba cierto resultado. Magro resultado porque con el tiempo mi marido adorado fue amargándose, sus rabietas pasaron a ser más largas. Más profundas, más inesperadas. De pronto extrañé a mi mamá: era que él había ido recortándome las visitas que yo solía hacerle dos o tres veces por semana. Mi madrina andaba de viaje por Europa, a propósito de no sé qué congreso y después a un crucero y esas cosas. Y yo ahí, un poco asombrada. Tampoco veía a mis amigas y no me explicaba muy bien por qué. Y un día en el que lo vi de excelente humor le propuse que saliéramos a comer con Rogelio y Chichí a ese restaurante nuevo que habían abierto en Fisherton y salimos y todo regio salvo cuando yo dije algo sobre no sé qué cosa que salía en los diarios que fue cuando él, mi marido adorado, dijo:

—No le hagan caso, no entendió nada, como de costumbre.

Muda y helada me quedé. Y de ahí en adelante se desencadenó el infierno. No voy a entrar en detalles. Como les ha pasado a muchas: gritos, insultos, amenazas, hasta que llega la primera cachetada. Sí, ya sé, ahí debí denunciarlo. No lo hice, ¿por qué? Porque todavía lo quería, parece mentira pero sí, y confiaba en que todo se iba a arreglar. Minga de arreglarse. Más bien empeoró. Ahí sí lo denuncié. Para qué. La primera vez ni caso me hicieron ni explicaciones me dieron. La segunda vez me explicaron son cosas privadas que pasan en los matrimonios vaya tranquila ya se le va a pasar. La tercera vez me sacaron rajando: había habido tres robos en el barrio y yo les iba con esas pavadas. La cuarta vez me dijeron vaya y hágale la comidita que a él le gusta, y no vuelva a ponerlo nervioso.

Entonces fui a verla a mi madrina que era lo que debía haber hecho a la primera cachetada: esperar a que desembarcara del «King of the Seas» e ir a

contarle todo (ya le dije que mi madrina es una mujer notable).

—Sos una idiota, m'hijita —me dijo.

—Ya sé —le dije.

—Pero les ha pasado a muchas —me dijo.

—¿Qué hago? —le dije.

—Me parece que vas a tener que morirte —me dijo.

—Ufa —le dije—, ¿te parece que es tan grave?

Y sí, le parecía tan grave. Si yo no recurría a eso, iba a terminar, o muerta de un par de cuchilladas, o golpeada una y otra vez hasta perder el sentido y la dignidad. Entonces qué. Morirse.

—Bueno, está bien.

—¿Cómo andás de entrenamiento?

—Mal, muy mal.

—Claro. Has estado pendiente de ese cretino y te has descuidado.

—Peor. Me doy cuenta de que estoy percutida, momificada, estática, ni siquiera puedo trasladarme. Ni transmutar puedo.

—Ay, nena, qué barbaridad. Vas a tener que aguantar, no sé, un mes por lo menos, dos mejor, para estar en condiciones de morirte. No te olvides de ir avisándole a tu madre.

Y así empecé a reponerme. Primero vinieron los ejercicios puramente físicos. Bajo la dirección de mi madrina iniciamos el ejercicio de distancias da un paso, dos, tres ahora diez pero solo con dos movimientos de los pies, bien, ahora veinte pasos, y así hasta un kilómetro con dos pasos. Enseguida combinamos con ejercicios de movilidad: cinco pasos de un saque sin mover los pies pero aparecer allá, junto a la otra pared. Me salieron bastante bien y terminé combinando distancias y movilidad con suficiente destreza. Enseguida les dimos a los ejercicios de obstáculos pero bah, eso es fácil: las puertas y las paredes se atraviesan con facilidad, no hay necesidad de repetirlo muchas veces. Me iba a mi casa y practicaba. Llegaba mi marido cada vez menos adorado y yo la iba de esposa modelo.

El tipo se iba a la mañana y yo me trasladaba a lo de mi mamá y charlábamos mientras yo movía las manos y me peinaba sin que ella se diera cuenta y cuando al fin se daba cuenta se reía y me felicitaba. Después yo decía me voy a la práctica y desaparecía. Aparecía en lo de mi madrina casi sin gastar energía, y le metíamos duro y parejo al entrenamiento.

Para qué describir uno a uno todos los ejercicios, eso sí que llegaría a aburrirla. Pero la culminación fue, como era de esperar, el encierro. Se llama el encierro pero debería llamarse la salida del encierro. Lo hice una y otra vez

y otra y otra, desde un ropero, un placard, una habitación cerrada a cal y canto, un armario, lo que fuera. Y finalmente un ataúd. Pensamos en comprar uno pero íbamos a tener que dar explicaciones. Entre mi madrina y yo fabricamos uno. Precioso, vea. Y me sirvió para afinar mis capacidades. Yo me trasladaba a las casas que vendían maderas, lisas o trabajadas, a las fábricas de herrajes y de todo lo necesario para un ataúd no digo que de lujo, pero bastante bueno. Y entre mi madrina y yo los ensamblábamos fácilmente sin siquiera rozarlos con las puntas de los dedos.

Así que llegó el día pero se lo resumo. Lo provoqué y me pegó. Caí al suelo y me morí. No tuvo salvación: se lo llevaron preso y todavía está ahí, en la sórdida gayola.

Ah, pero le digo: el velorio fue divino, un éxito total. Mi mamá y mi madrina lloraban desconsoladas. Mis amigas también. Claro que todas sabían cómo era la cosa y ya mi madrina había conseguido un cuerpo, en una villa, figúrese usted, muy pero muy adecuado. Todas las que rodeaban mi ataúd sabían lo que iba a pasar pero lloraban en forma convincente. Es que yo no tengo amigas que no sean como yo, como mi madrina, como mi mamá No nos conviene relacionarnos con mujeres opacas, ¿me entiende?

Dejé pasar unos días y salí del ataúd una noche y mi madrina me esperaba en su Mercedes y me llevó a su casa.

—Preciosa, estás preciosa —me elogió.

Desde entonces hice muchísimas cosas, compré mis propias oficinas, cambié el diploma de antes por uno nuevo, trabajé, alquilé un departamentito muy lindo frente al parque, visité a cada rato a mi mamá, a mi madrina, y salí con mis amigas. En fin, hice todo lo que quería pero de casarme nones, ni pensar. Ah, y una de mis amigas, la Ruby, tuvo una nena y la probamos y es como nosotras y ella me pidió que fuera la madrina. Yo le dije que sí, pero que no sabía si iba a poder ser tan completa como mi madrina, una mujer notable.